

**Iván Herrera, 25 años. Máster en Creación Literaria.
Habitación #2.**

Te despertaste con el olor a amoníaco del sudor casi seco sobre tu piel. Lo primero que hiciste fue mirarte: una capa brillante y sebosa te recubría y te pegaba a las sábanas de la cama; una segunda piel, un regalo blanco y terso. Despegaste tu cuerpo de la tela y te pusiste de pie sólo para ver la réplica del Sudario de Turín que habías dejado sobre el colchón. Deseaste que la silueta fuera menos grotesca, que tu sudor tuviera un olor más tenue, que tu pene no estuviera erguido en dirección hacia la puerta. Eran las nueve y el sol quemaba en cada esquina, pero no era el calor lo que te había hecho sudar. Habías soñado, otra vez, que estabas en Coatzacoalcos, en el puerto, frente al río, desnudo, y que a tu alrededor no había nada ni nadie, sólo una brisa que te secaba los pulmones y te humedecía las manos. El sol era un ojo que pestañeaba y que te dejaba en la oscuridad, como un niño jugando con un interruptor, durante brevísimos periodos. Tratabas de hacer que el pestañear del sol coincidiera con los tuyos para no ver cómo el paisaje se apagaba y se encendía. Esperabas, aunque no sabías a qué o a quién, mirando al horizonte. Tu pene erguido se movía como una serpiente entre tus piernas, pero eso no te extrañaba: eras Quetzalcóalt, la serpiente emplumada, dios y vida de todos los hombres. Te mantuviste firme mientras una canoa se acercaba al puerto llevando consigo un espectro ennegrecido. Sólo pudiste entrever su forma cuando alcanzó la tierra y empezó a caminar hacia ti. Te reconociste

en él, el abominable tú, y miraste al espejo sin imagen que llevaba entre las manos, un espejo que emanaba nubes. Dejaste que tu dualidad, tu némesis, Tezcatlipoca, se te acercara. Permitiste que las manos negras que salieron del espejo tomaran tu serpiente y la sacudieran. Soltaste un gemido cuando la boca del abominable tú envolvió tu miembro con lengua y saliva. El cielo es un cíclope y el sol era su ojo, pensaste cuando Tezcatlipoca te arrancó el pene de un solo mordisco y lo escupió al río. Mientras la sangre invadía el agua de rojo y la purificaba, tú sonreías: ahora eras sólo plumas, ahora podías volar. Y entonces el sueño se acababa, siempre.

Te metiste a la ducha y restregaste tu cuerpo con fuerza, como si lo golpearas, que era, quizás, lo que en el fondo hacías. Deseaste que el agua desprendiera tus músculos y quebrara tus huesos, pero tú seguías allí, David, Quetzalcóalt, espejo negro humeante, incólume a la rigidez de la naturaleza. Cuando al fin dejaste la habitación te encontraste sólo con puertas cerradas. Un espacio minúsculo, desierto, una zona común con revistas, diarios, una lima de uñas, un DVD de *Pink Flamingos*, un par de zapatillas a rayas, una camisa negra de Joy Division, el retrato de Laura Palmer, dos novelas de Diamela Eltit, una de Jorge Enrique Adoum, tres paquetes de galletas Oreo, un cigarrillo ahogado en cenizas, un envoltorio de caramelo, una vela cuadrada de color rosa, un rastro de migajas alrededor de la mesita, tres manchas de vino sobre el sofá gris, cuatro copas vacías con marcas de dedos y labios, una servilleta arrugada, y tú le diste la espalda al caos. No ibas, por nada del mundo, a limpiar el desastre de otros. Saliste sin desayunar y tomaste el bus que te dejaría al pie de la universidad. Tu pene intentó erguirse dos veces durante el camino, primero apuntando hacia un hombre con un tatuaje que le cubría el rostro, después hacia uno con barba

y abundante pelo en los brazos, pero te concentraste en las líneas del libro de Onetti y en lo que le harías a tu miembro rebelde cuando llegara la noche y tu excitación languideció. A veces, sobre todo cuando viajabas en bus, tenías la impresión de tener senos fantasmas rebotándote sobre las costillas y la sensación te causaba un hormigueo de placer que te recorría el pecho. Tu cuerpo estaba lleno de prótesis imaginarias. Te faltaban órganos y nadie lo sabía.

Entraste al aula diez minutos después de que la clase empezara y te sentaste, como siempre, en la última fila. El profesor hablaba de Montaigne, el ensayo literario, Rafael Sánchez Ferlosio, Octavio Paz, la hibridación de géneros, el cine, Manuel Puig, pero tú mirabas las espaldas de tus compañeros y te dabas cuenta de que sólo podrías reconocerlos así, de espaldas, porque sus rostros eran volutas de humo, indefinibles, y sus nuca y hombros, en cambio, tenían nombres y apellidos. Recordaste la primera vez que te sentiste atraído hacia alguien: tenías 12 años y él estudiaba contigo. Nunca lo habías visto realmente. Sus ojos, su nariz, su cabello, eran como los ojos, las narices, los cabellos de todos los demás. Pero un día se sentó en la silla que estaba delante de ti y entonces lo único que hubo fue su espalda, una que nunca antes te habías tomado la molestia de mirar. La profesora les entregó los exámenes y todos, menos tú, bajaron la cabeza hacia la hoja pálida, concentrados, mudos, ausentes, pero tus ojos estaban anclados en la espalda que tenías a unos centímetros de la punta de tu nariz, una espalda un poco más ancha que la tuya, de hombros largos y delicados, un lomo que te hizo desear estirar la mano y tocar, clavar los dedos, morder, y tu cuerpo se estremeció y tu boca se llenó de una saliva espesa con sabor a caucho. No sabías por qué temblabas. No sabías que el temblor era el deseo. Desde entonces ese amor tuyo

fue una espalda y nada más. Aun ahora serías incapaz de recordar el rostro de aquel chico, ni la textura de su pelo, ni el color de sus ojos. La película de Rohmer, *La rodilla de Clara*, te recordaba tu deseo localizado, tu anhelo por una parte del cuerpo de tu primer amor. No te volviste a enamorar de la espalda de nadie. Las veinticinco personas que ahora te mostraban sus nucas no te movían ni un pelo. Cinco filas adelante estaba Omar Barcelona, un treintañero que siempre usaba camisas ajustadas para mostrar su musculatura. Podías ver a través de la tela los huesos de su columna vertebral. Era argentino y cada vez que levantaba la mano se las arreglaba para sacar a relucir sus numerosas lecturas del *Ulises* de Joyce, incluso cuando no venía a cuento. Te lo imaginaste atado a tu cama, boca abajo, mientras le metías por el culo páginas arrancadas del *Ulises*. La imagen te hizo sonreír, pero la alegría te duró poco porque tu pene se irguió tieso, monstruo en rigor mortis, dentro de tus pantalones. Ni siquiera las oleadas de asco que te paralizaron hicieron que la erección desapareciera. No te repugnaba lo que te había excitado —el culo de Omar penetrado por las palabras de Joyce; la tinta de un lenguaje filosófico absorbido por el recto de la más penosa mediocridad—, sino tu miembro, esa serpiente húmeda que sentías ajena, invasora de tu cuerpo, y que odiabas más que a nada en el mundo. Y allí estaba, apretándose contra la tela, recordándote que existía y que no podrías deshacerte de ella. Tezcatlipoca. El abominable tú. Intentaste concentrarte en las cabezas de tus compañeros: plumeros, palmeras, esponjas, colas de caballo. Unas uñas con la pintura azul rota como cáscara rascaron una nuca y dejaron líneas rosáceas sobre la piel. Dos hombros que subieron y bajaron. Una cabeza se echó hacia atrás. Una espalda se curvó hacia delante como un garfio. El único rostro de la clase era el del profesor que aho-

ra hablaba de *Tristram Shandy*; un rostro ovoide, evasivo, que siempre mostraba su perfil ensombrecido igual que un actor interpretando un monólogo en un escenario mal iluminado. Nadie en esa clase sabía cuánto odiabas tu pene erecto, cuánto querías arrancártelo y tirarlo al váter. Era una enorme sanguijuela chupándote la vida de la pelvis. Sólo tu propio cuerpo, esa larva, podía generarte las ansias de violencia que ahora te obligaban a agarrar el lápiz y llevarlo debajo de la mesa. El profesor cabeza de chile caído, mamador de vergas moras y judías, seguía hablando de la novela de Sterne, pero él, con una investigación doctoral sobre Sebald y la destrucción, un máster en literatura comparada y otro en estudios teóricos, una calvicie indisimulable que servía de espejo a la luz blanquecina que colgaba del techo, varios artículos publicados en revistas especializadas, un pantalón perfectamente planchado con la raya en el medio, que hablaba con una pluma Montblanc entre los dedos de las manos y que, a veces, se llevaba a la boca como el gran hijo de perra sodomítica que era, con un artículo sobre escritoras latinoamericanas del siglo XX, la camisa metida dentro del pantalón de mamón facista y arrugada por un cinturón marrón de hebilla dorada, que ahora hablaba de Montaigne otra vez, con algunos pelos gruesos en el dorso de la mano, un anillo en el anular izquierdo, que escribía reseñas para distintos suplementos culturales, que tenía un Mercedes-Benz color azul cavansita metalizado, con dientes grandes y perfectamente alineados, mocasines color caca, camisa blanca y corbata gris, una investigación sobre escritoras americanas en la época de la colonia, un maletín de cuero negro Strellson Balham, un Rolex que le dejaba marcas en la muñeca, un facsímil de la Divina Comedia sobre el escritorio, no podía saber nada de literatura. Un hombre así, recto, impecable, cómodo consigo mismo, cómodo con su vida, su

carrera, sus ingresos, su prestigio de culo apretado, no podía entender que la literatura era un vómito eyectado por gente como tú, llena de duplicidades y de máscaras. Empujaste lentamente la punta del lápiz contra la tela de tu pantalón hasta que alcanzaste la carne de tu miembro. Ninguna de las espaldas que tenías enfrente podía crear nada que valiera la pena porque vivían en una fantasía acomodaticia que los hacía sentirse supervivientes. Sólo tú, que clavabas la punta de tu lápiz en tu pene erecto y disfrazabas el dolor con una expresión de yeso sin saber por qué, si nadie te miraba, ni siquiera el profesor con lentes de marco Ralph Lauren, y sentías el calor de la victoria abrazando tu corazón emplumado mientras tu serpiente se encogía, dócil, arrepentida, podías saber de supervivencia y escribir cosas que tuvieran sentido en un mundo de cínica placidez. Tú y personas como Kiki, o los hermanos Terán, o incluso El Cuco, personas que vivían en la incomodidad, en la fatiga, no aquellas que te daban la espalda, no aquel joto que bebía agua Vichy y la dejaba junto al maletín Strellson Balham, tú, el abominable tú, aunque tus padres te mantuvieran en Europa mandándote dinero desde México lindo, México amor, aunque fueras de Polanco y tu madre dijera *cool* y *nice* más veces de las que pudieras contar en una sola oración. Tú podrías ser el de los lentes con marco Ralph Lauren y el Rolex si así lo quisieras, pero te había tocado ser Quetzalcóalt y tener tu espejo negro humeante, tu némesis, encarnado como una espina bajo el ala. Tu pene ya se había escondido bajo sus pliegues, pero seguías hincándolo por si acaso se le ocurría volver a levantarse. Estabas sucio por dentro. Eras torturador y víctima. Viste a Carla Rodríguez pegar un chicle debajo de la mesa y empujarlo con su dedo índice en rotaciones de 180 grados para luego limpiárselo en la falda roja, larga, de verano, hecha con esas telas que parecen papel

corrugado de lo tiesas que son al tacto del ojo. Porque la mirada toca, pensaste, pero a ti nadie te acariciaba con sus pupilas. Te sentiste feroz y heroico por resistir el dolor de la punta del lápiz en tu miembro ofidio enroscado. Tomás Fuentes abrió un cuaderno con hojas de líneas y dibujó espirales de adentro hacia fuera, torbellinos que empezaron a marearte, apuntes metafóricos de la oralidad ininterrumpida del profesor que había escrito un ensayo sobre literatura y censura durante la dictadura franquista y que prefería al Cercas de *Anatomía de un instante* por encima del de *Soldados de Salamina*. La clase era un rectángulo mal iluminado en donde había que encender la luz durante el día. Cinco, nueve, trece, quince, diecisiete personas tenían una novela o un libro de poemas sobre la mesa que los definía, o que querían ellos que los definiera como una tarjeta de identidad, y que ponían sobre la mesa sólo para que otros lo vieran, porque en esa clase no hacía falta llevar nada, ni siquiera un cuaderno de notas, bastaba con escuchar la voz que el agua Vichy no aclaraba, la mugrosa voz que en lo que iba del año había dado una conferencia sobre eros y exotismo en la obra de Thomas Mann, dos ponencias sobre Coetzee y la responsabilidad del intelectual y su puta madre, un curso dedicado a la obra narrativa de Cristina Peri Rossi y, además, dirigido un conversatorio con Mathias Enard. Tus piernas se tensaron. La punta del lápiz era una lanza contra tu carne flácida. Las camisas de algunos de tus compañeros se habían adherido a sus espaldas y oscurecido por el calor que emanaba de sus cuerpos. En el interior de tus muslos corrían gotas gruesas e indecentes que te humedecían justo donde se abría tu vulva fantasma. Elisa Ulloa tenía tres rizos diminutos pegados a su nuca de virgen de cuello largo, cuello torcido de cisne modernista, inclinado hacia Javier el tembloroso Bas, cuyas manos hartas-de-chaque-

teársela tiritaban a treinta y cinco grados centígrados. Deseabas tener el valor de clavarte el lápiz, de *desmiembrarte*, y que todos te llamaran loco y enfermo como si supieran lo que es la locura y la enfermedad, como si de repente supieran algo del abominable tú, del espejo negro humeante, y te juzgaran a ti y a tus prótesis imaginarias, a tu odio a la carne viva que te colgaba del cuerpo-no-tuyo, con esa seguridad desarmónica pero sólida de los que aprenden por repetición, por ritmo, y que no se atreven a romper la marcha jamás. Las espaldas que tenías frente a ti no podían tocarte con los ojos ni tampoco querían hacerlo. Nadie en esa clase entendería el lápiz contra tu arma de macho mexicano instaurada por la revolución como un objeto de orgullo nacional. Nadie comprendería que estabas moldeándote, educando a tu cuerpo, y que la disciplina era posible a través del castigo; que tú, como los griegos, creías en la dietética de los placeres y en la domesticación de tu cuerpo-no-tuyo. Beatriz Tello López se quitó, con el meñique alzado, un pelo rubio, largo y ondulado que reposaba sobre su blusa verde satinada. Para el máster escribirías algo sencillo, algo como *El cuaderno Rosa* de Alina Reyes: fragmentos en los que hablarías del abominable tú y de la transfiguración de tu pene. Creías que la escritora francesa tenía razón cuando escribió en *El carnicero* esas líneas que tanto te gustaban: “La carne no es triste, es siniestra. Permanece a la izquierda de nuestra alma, nos asalta en las horas más perdidas, nos arrastra por anchos mares, nos hace naufragar y nos salva; la carne es nuestro guía, nuestra luz negra y densa, el pozo de atracción en el que nuestra vida se desliza en espiral, succionada hasta el vértigo”. La carne: tu siniestra, el abominable tú, Tezcatlipoca. Pensaste en Kiki, la verdadera escritora, a quien le habías confiado una vez que te entrenabas para resistir el dolor de tu transfiguración. Ella te había

dicho, sacándose vellos indistinguibles de la cara con una pinza, que le parecía valiente lo que hacías y, aunque en realidad te estuviera afirmando cosas desde la ignorancia más cabrona, tú le creíste porque había logrado decirte algo que para ti era cierto, una verdad de tu mundo interior que, de alguna manera, había transmutado en su lengua malincheana para ser articulada y enunciada con simpleza, pero con un alto grado de performatividad. Detuviste la presión del lápiz y, mientras lo retirabas de tu serpiente Quetzalcóalt, un dolor delgado e invisible como la punta de un alfiler se extendió por todo tu miembro ahora dócil, ahora dormido, haciéndote lagrimear los ojos y salivar como un perro. Te había tocado vivir con una verdadera escritora para darte cuenta de que tú jamás lo serías, aunque entendieras más de literatura que todas las espaldas de tu clase, aunque fueras quiebre, desequilibrio, periferia y, por lo tanto, pudieras ofrecer un relato subversivo al orden de las sillas y la disposición de las mesas del aula 20.003. La diferencia entre Kiki y tú estaba en que ella quería escribir(se) para entender(se) y en cambio tú necesitabas desa(r)marte para alcanzar el conocimiento de ti mismo. Sabías que la escritura no podría hablarte de tu carne. Sólo el dolor era capaz de construir un discurso del cuerpo-no-tuyo, pero el dolor era intransferible e inexpressable para el lenguaje. Hugo Llach se rascó debajo de la axila justo en donde se había instalado una mancha amarilla verdosa. ¿Quién se voltearía para mirarte, tocarte, pincharte, zaherirte, clavarte la verga en tu vulva gasparín? ¿Quién rompería el orden de las sillas? Esperabas que algún día el profesor dejara la pluma Montblanc y se ensuciara las manos con un trozo de tiza para escribir algo importante, algo como de lo que Kiki solía hablarte, la esencia de la literatura, la de sacudir estructuras añejas, lo necesaria que era para romper moldes, para hacer cosas

con palabras, pero en tu clase no se hablaba de eso, en ninguna de tus clases se hablaba de porqué escribir era estar en un lugar de tensión y de incomodidad, no se tocaba lo único importante de la creación literaria y por eso las espaldas que tenías en frente creían que escribir era un decir bonito. La creación de tu yo era a partir de la violencia y no había nada de belleza en el proceso, o sí, pero ¿cómo iban ellos a saberlo? ¿Cómo iban ellos a saberte si ni siquiera podían pronunciarte?